

# REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS

## RESUMEN

Quien no respeta á los demás, no se respeta á sí mismo—Disertaciones Espiritistas —¡Los Hijos! — La Internacional Cristiana.

**Quien no respeta á los demás, no se respeta á sí mismo**

El sacrificio sigue al Apostolado, como la sombra al cuerpo.

Vizconde de Torres-Solanot.

Ardua por demás es, para nosotros, la tarea que con estas líneas emprendemos; pero como solo nos guia el bien general, norte hácia el cual nos dirigimos desde el momento que comenzamos á emborronar papel, dejamos á un lado el ¿qué dirán? y adelante con la empresa.

Es un hecho, una verdad irrecusable que muchos hombres—hijo de su constitucion unas veces, y otras de la costumbre ó educacion que recibieron—no siempre y por todo caso pueden dominar las violentas emociones que les ocasionan ver ó creer ver que les insultan ó se burlan de ellos por medio de la prensa: emociones que les empujan á contestar el insulto con otro mayor, la sátira con otra más hiriente; en fin, que el agravio ó el mal que les hicieren traten de subsanarlo con ofensas más y más graves, inferidas á aquel

ó aquellos que les ofendieron, hasta llegar al estremo de encontrarse obligados á una retractacion, ó que la cuestion termine ridiculamente, ó con efusion de sangre.

Esto, que es un mal moral; esto, que jamás producirá adelanto ni beneficios al hombre, creemos deberia poco á poco ir desapareciendo, y que cesaran de herir las fibras del corazon humano esos insultos, esas diatribas y nécias bufonadas que tan de continuo vemos insertas en las columnas de los periódicos, porque esa no es, no, la mision que entre los humanos tiene la imprenta.

Y no tan solo no es esa la mision de la obra de Guttenberg, sino que para el hombre amante del progreso general, eso manifiesta atraso, atraso que es necesario, muy necesario hacer que cese, como desconocimiento ú olvido de lo que el hombre debe al hombre, lo que debe á la sociedad de que forma parte, y de lo que á sí mismo se debe.

Todo paso de progreso que la humanidad ha dado y cuantos llegue á dar, necesitan el sacrificio, necesitan que el hombre, ante el altar del bien que desea y procura á los demás, abandone preocupaciones y aún bienes materiales, y en el ara del progreso humano, como víctima expiatoria se coloque él mismo, que-

mando como incienso y mirra y alóe, su vanidad, su orgullo y amor propio.

El Cristo y cuanto Mesias vino á la tierra así obraron; víctimas voluntarias se ofrecieron, en su gran mayoría por locos les tuvieron, les insultaron, les escarnecieron, y á muchos inmolaron.

Así, y solo así alcanzó la humanidad el progreso que hoy tocamos, y así progresará, porque toda cuestión de adelanto humano necesita una víctima voluntaria si ha de resolverse felizmente.

Y como ésta, para conseguir el fin benéfico que se propuso empleó la moderación, la cultura y la prudencia; moderado, culto y prudente creemos debe ser todo aquel que en bien general cuestione por la prensa.

De no ser así, cuando los contendientes se insultan mutuamente, la cuestión no se resuelve, al contrario, cada vez más y más se vá transformando en un foco de injurias personales, las pasiones se exaltan y llevan al hombre hasta el grado de olvidar que existen leyes que corrijen y castigan el abuso de escribir; y en su olvido emplean argumentos de arriero loco ó de asno terco; esto es: hay cada bastonazo que canta el credo, ó cada patada que nada envidia á las coces de un garañon.

Hechos que poco ó nada honran á quienes á cabo los llevan.

Hechos que acusan menosprecio á las leyes.

Hechos que insultan á la sociedad en que vivimos.

Y, ¿qué dirémos de aquellas cuestiones entabladas por la prensa que

suelen terminarse con un lance de honor?

Que quienes obran así no comprenden que el hombre suele abusar de su destreza en las armas.

Que se rinde un culto indigno á la barbarie de los siglos en los cuales las causas ó cuestiones se dirimian con el inhumano y blasfemo «Juicio de Dios».

Que aquellos que se baten á fin de terminar la cuestión olvidan ó ignoran que la razón ó la justicia jamás están en la punta de una espada ó en el cañon de una pistola, y tan no están, que generalmente el ofendido es víctima de la destreza ó suerte del ofensor que queda á salvo.

Pero llegará el día en que cese ese mal moral, y como dice el ilustrado oriental Dr. D. A. Magariños Cervantes, «el hombre sostendrá con altura sus convicciones, tendrá la viril energía de proclamarlas y defenderlas, cueste lo que cueste», esto es, el sacrificio del hombre en pró del adelanto humano, se llevará á cabo voluntariamente.

Llegará el día, si, y para que pronto llegue, la locura espiritista, el Espiritismo se extiende y comprende cada día más, y en sus benéficas enseñanzas encuentra el hombre que debe perdonar los insultos, las diatribas, la mofa y burla, compadeciéndose sinceramente á todo aquel que desconoce ú olvida que los hombres somos hermanos, que nos debemos mútuo y constante amor, que la lucha justa y digna entre nosotros siempre debe ser la emulación contra los errores que embrutecen al pueblo, sumergiéndole en aquella ignorancia tan esplotada por la am-

bición de goces y dominio, por la tiranía teocrática sobre el pensamiento y la conciencia humanas.

«Necesario, muy necesario es «perdonar toda ofensa, compadecer «y amar al ofensor, dicen los buenos «Espíritus, no solo porque hermanos somos los hombres, no solo «porque el mal es injusto devolverlo, «sino tambien porque aquel que hoy «nos ofende pudo ser ofendido por «nosotros ayer, y es amor fraterno «sufrir, perdonar y amarle, para que «aprenda á su vez á perdonar y «amar despues de haber sufrido.»

Aunque espiritas de conviccion, no tratamos ni queremos hacer comprender que solo el Espiritismo ó los espiritas son ó han de ser quienes destruyan el mal moral que relatamos, porque estamos plenamente convencidos de que: si el sacerdocio de la prensa periódica fuera profesado cual creemos que uniformemente debiera profesarse, ese mal que tanto afecta al progreso de la humanidad cesaria pronto, y no tendríamos que arrojar, como muchas veces arrojamos, los periódicos, porque no nos es posible seguir leyendo lo que ajeno, completamente ajeno es y debe ser al arte de estender y propagar los adelantos moral é intelectual del hombre, lo que tan ajeno es y deberia considerarse á la noble mision que en la tierra tiene y debe llenar la prensa periódica.

Mision santa y fraterna, pues ceñida se halla á desterrar la ignorancia de entre los humanos, propagando y perpetuando su progreso; y en tan noble tarea llegar hasta el sacrificio para que el hombre no sea esclavo del hombre, que sea libre,

pues, que libre le ha creado el Ser Supremo.

Comprendemos bien que el hombre no pudo aún lanzar de sí el dominio que sobre su razon ejercen las pasiones; pero como todo es comenzar por más que todo comienzo sea siempre lo que mas trabajos y dolores cuesta; hagamos un esfuerzo, comprendamos bien que el acto de mas grande valor, la accion más sublime que podemos llevar á cabo es *vencernos á nosotros mismos*, subyugar á quien tanto y tanto nos subyuga, conseguir que la prudencia domine á nuestro insensato orgullo, á nuestra vanidad pueril, á nuestro amor propio en fin, adulator y engañoso ente abstracto que tanto desliza, tanto desacierto y tanto mal nos empuja á cometer.

Cuidemos muy mucho no devolver el mal que se nos haga ó pretendiera hacer, cuando por medio de la prensa periódica tratemos de esclarecer cualquier materia que ofrezca progreso al hombre; respetemos á éste por mas que combatamos los errores que él sustente, si es que con sinceridad amamos el adelanto humano, si verdadero apóstol de la idea deseamos ser; si respeto hácia los demás, hácia las leyes sentimos y deseamos, y sobre todo, si nos respetamos á nosotros mismos.

J. de E.

### Disertaciones Espiritistas

CÍRCULO DE LAS PIEDRAS

Médium J. de J. B.

El hombre siente la necesidad de ser feliz.

La felicidad es la consecuencia del progreso que el espíritu ha realizado; no puede efectuarlo en la tierra sino muy relativamente por cuanto que su base es la libertad, y ésta de modo alguno podrán concederla á los pueblos sus gobernantes, los que tienen el mayor interés en que aquellos yazcan en la ignorancia para con mayor facilidad enseñorearse sobre sus despojos.

El móvil de la lucha empeñada en la época presente es la emancipación del pueblo para salir del yugo de sus opresores. Porque á través de los sufrimientos y las mil dificultades que ha tenido que vencer, haciendo gigantescos esfuerzos, comienza á comprender los destinos que le están reservados cuando libre se vea de las trabas que los mandatarios, de acuerdo con el sacerdocio titulado de Cristo, por tantos siglos pusieron á su progreso.

Se siente la necesidad de una reforma en las instituciones sociales para realizar el ideal que los hombres estudiosos entreven; pero los obstáculos continúan aún á pesar de la unidad de miras que se acentúa cada día más y más, y es tiempo ya de resistir el impetuoso ataque que en su febril agonía pretende dar, el *Romanismo*, á la ciencia humana.

Porque la ciencia es el arma poderosa que mejor se presta para combatir errores tradicionales que sin exámen fueron admitidos por la muchedumbre.

Instrúyase al pueblo, y aquellos principios impuestos por la razón de la fuerza desaparecerán por la fuerza de la razón.

Apóstoles defensores de la verdad

que en su seno encierra el gran código de la naturaleza, por todos los ámbitos de la tierra se levantan, para demostrar cuan grande es en sus atributos el Soberano Autor de los mundos que giran en los espacios inconmensurables.

Nó el Dios de los ejércitos á quien aún se rinde culto, faltando á la ley de amor emanada de Él mismo.

Nó el Dios que en su holocausto han ofrecido sacrificios de sangre humana, entonando cánticos en acción de gracias por una victoria obtenida sobre hermanos á quienes la ley de Él nos ordena proteger y amar.

Nó el Dios á quien en vez de adorar con santa unción y profunda gratitud se le entonaba con lúgubre y aterrador acento el *Dies ire*, postergando la sublime oración del Padre nuestro.

¿Quién puede enumerar los crasísimos errores que en su delirio forjó la mente humana á contar tan solo desde la época del Cristianismo?

¿Cómo pudo haber quien quebrantase aquellos divinos mandamientos promulgados un día en el Sinaí, cuyo eco tanto y tan bien resonó mas tarde en el monte de la Calavera?

—Mi reino no es de este mundo, dijo el Mártir...

Si han podido tergiversar muchas de sus frases veladas por la forma alegórica indispensable en muchos casos para que solo oyesen los que tenían orejas para oír, ¿qué otro sentido puede dársele á aquellas palabras, que para el bien común debieron recojer y sembrar en primer término los que se han abrogado el derecho de dirigir las conciencias, interviniendo al mismo tiempo en

la marcha política de los pueblos?

Cosas hay que, por su mucha claridad, ofuscan el entendimiento del egoísta, tan preocupado de las cosas de la tierra, que sin vacilación postpone á ellas las espirituales, patrimonio que constituye la felicidad eterna de las almas.

Este es el fin que la humanidad empieza á proponerse, apartándose del espinoso y estéril camino que ha atravesado.

El tiempo, los desengaños que á cada paso han venido á empañar los efímeros goces de la vida fugitiva, han despertado á la humanidad de su letargo, y busca en horizontes nuevos el feliz porvenir que entrevé en sus momentos de recogimiento, de meditación.

Sí, las inteligencias se agitan, buscan solución al problema de la vida, y empiezan á comprender que para el logro de tan grande adquisición es preciso hacer heroicos esfuerzos para salir del círculo de hierro en que las han tenido oprimidas, y lanzarse en las inmensidades del espacio, con la ciencia por brújula y la caridad por fortaleza.

Los tiempos llegan.

Vosotros, que vais á la vanguardia de la civilización, estais en el imprescindible deber de sacrificaros los primeros—si necesario fuere á fin de que se salven las generaciones venideras.

Sean vuestro norte la caridad y la ciencia; con esta palanca no temais los acontecimientos; ellos forman parte de los designios de la Providencia.

*Angel Guardian.*

Hermanos, estais viendo que el an-

tiguo edificio de la fé ciega se derrumba con precipitación bajo el impulso de ruidosos y fuertes golpes de demolidora piqueta, sostenida en las manos vigorosas de afanosos obreros.

Pero ellos no han pensado en edificar, y el edificio de la fé es indispensable al progreso humano y al nutrimento del espíritu.

Fé es necesaria, pero que no repugne á la razón en época alguna de la vida del hombre; y ese gran monumento que desde la tierra se elevará hasta el Eterno, á vuestra vez os toca construirle; cumpliendo así los unos y los otros la ley dada á todo el Universo.

Oid: las pasiones se desencadenan, la fé en el porvenir es incierta para muchos, y no es extraño, por lo tanto, que estos concreten sus miradas á la vida presente. Esta hoy más que nunca, se presenta llena de mil y mil contrastes que no aciertan á definir, envolviendo cada día mas en el misterio el porvenir que de modo alguno alcanza á conocer el incrédulo.

Para este, el tiempo huye sin que él pueda realizar su objeto, y desde que nada espera después de su muerte, tampoco puede ofrecerle encantos la vida, pues vé que el mal se hace más general cada día, abrazando todas las clases sociales, sin que pueda descubrir en el horizonte una luz que le indique el derrotero.

El mal apremia, los sucesos se precipitan, las luchas son colosales, y más lo serán aún, y, ¿quién puede prever todo lo que acaecerá?

Vosotros veis el mal y deseais que llegue á su apojeo lo más pron-

to posible, porque así terminará para que principie la nueva era regeneradora que se cumplirá, como todo se ha cumplido.

El hombre de fé raciocina y no teme los acontecimientos por más funestos que parezcan á los demás, pues sabe que el mundo es obra de Dios y que todo concluirá bien, aunque los diversos hechos confundan la imaginacion de los que no aspiran á ver la luz por más que en que la vean insistimos por todos los medios que están á nuestra disposicion, llamando la atencion del hombre en todas partes.

Hay quienes creen que el resultado de la lucha entablada entre la religion y la ciencia traerá grandes conflictos, y el caos por conclusion; por lo cual desean que las cosas permanezcan en el estado rutinario en que se hallan; pero esto es un error, porque sin ciencia no puede haber verdadera fé, y sin fé razonada no puede existir la moral que constituya el bien estar y el progreso de los pueblos.

Hasta aquí se ha venido combatiendo paulatinamente al error y á la hipocresia, nó sin grandes sacrificios, nó sin que hubiese multitud de mártires que llenos de santa abnegacion, han trabajado para preparar el terreno que comenzais á pisar.

Han allanado; puede decirse, las mayores dificultades en vuestro provecho; á vosotros solo resta secundar sus intentos para que se cumpla el bien que ellos han intentado realizar como obreros bienhechores.

Ningun brazo es inútil ante la obra emprendida.

Acordaos de qué «querer es poder.»

Estad atentos; sed celosos observadores de todos los nuevos acontecimientos.

Miradlos con espíritu tranquilo, y como precursores de una era mejor.

Combatid constantes y serenos el error, y compadeced y aún protejed al culpable si fuere necesario.

Todos habeis atravesado la senda del error, y no podeis aún vanagloriaros de haber salido completamente de ella.

Educad, pero que la palabra vaya acompañada por las buenas y continuas obras.

*Angel Guardian.*

### ¡ Los hijos!

#### LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos  
En jaula de metal guardó un cabrero,  
Y á cuidarlos voló desde el otero  
La pareja de padres afligidos.  
Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos  
Sus hijos á cuidar con tanto esmero,  
Ver como cuidan á los padres quiero  
Los hijos por amor agradecidos.  
Deja entre redes la pareja envuelta,  
La puerta abre el pastor del claro alambre,  
Cierra á los padres y á los hijos suelta,  
Huyó de los hijuelos el enjambre,  
Y como en vano se esperó su vuelta,  
Mató á los padres el dolor y el hambre.

*Campoamor.*

¡Cuán distinto es el amor de los hijos, al de los padres! En los primeros todo es egoismo; en los últimos, generalmente hablando, todo es abnegacion!

Sabido es ya que en todo hay es-

opciones, de consiguiente existen seres que se sacrifican por sus padres, y tambien se cuentan hombres y mugeres que asesinan á sus hijos físicamente, y en repetidas ocasiones moralmente; pero tratando de la generalidad, es mucho más intenso el amor de los padres que el de los hijos; que por algo se dice: «Un padre es para cien hijos, y cien hijos no son para un padre».

Hay un cuento moral titulado «La Caja de la Esperanza», que es una buena lección, y aunque muy á la ligera vamos á copiarlo: «Un hombre inmensamente rico tuvo de su matrimonio diez hijos, perdió á su esposa y tuvo el raro capricho de repartir su fortuna entre los diez herederos, con la condicion que inmediatamente tan pronto iria á casa de un hijo como á la de otro, recibiendo la manutencion de todos ellos. Al principio todo iba bien, los hijos le sonreian, los nietezuelos le agasajaban, y el buen viejo era el hombre más dichoso de la tierra; pero como la bonanza no puede durar mucho en este mundo, el anciano comenzó á observar que los herederos de su nombre le miraban con indiferencia, y sus nietos se reian de él; y entonces el taimado viejo se puso de acuerdo con un antiguo amigo suyo y principió á susurrarse que el rico sexagenario no habia dado á sus hijos todo lo que poseia, que aún conservaba una gruesa suma para comerciar con ella y entretenerse; su amigo le dió una caja de caudales de gran tamaño en cuya puerta estaban grabadas estas palabras: LA CAJA DE LA ESPERANZA, y le dijo al hijo mayor que le permitiera guardar

aquella caja en su casa pues era á quien pertenecia tenerla. El hijo accedió muy gustoso, y como por encanto recobró el cariño y las atenciones de sus ingratos descendientes.

Durante algunos años vivió el astuto viejo entre palmas y olivas, al fin cayó enfermo é hizo venir á todos sus hijos, nietos y biznietos, les dijo que despues de su muerte abrieran la Caja de la Esperanza, y se repartieran en partes iguales el tesoro que ella contenia.

Murió el anciano, y aquel avariento enjambre se precipitó sobre la caja, la abrió y ¡oh desencanto! estaba vacia. . . .! y únicamente encontraron un rollo de amarillentos pergaminos, en el cual estaban escritas las líneas siguientes:

«Si quereis ser amados no entregueis vuestra fortuna en vida; acordaos de vuestro padre que tuvo que apelar á un engaño para no morir en un hospital. ¡Hijos ingratos! que Dios os perdone como os perdona vuestro padre!»

Util enseñanza encierra ese antiguo cuento y desgraciadamente no vienen á desmentirlo las buenas obras de nuestros hijos.

Cuantos hombres de Estado, eminentes por su saber y grandes por su posicion social, han tenido la debilidad de avergonzarse de sus padres, porque estos eran pobres aldeanos que habian sacrificado su escasa fortuna para fomentar la ingratitud de sus hijos. Esto es cruel, pero es verdad.

Nosotros hemos conocido á una mujer, que nació de padres sumamente humildes, casi mendigos: la

jóven en cuestion vivió de su trabajo hasta que se casó con un rico comerciante; dejó entonces su pueblo natal y se trasladó á Sevilla dejando sumidos en la mayor miseria á sus ancianos padres, y cuando estos murieron ni siquiera se puso luto para que pasara completamente desapercibida la muerte de aquella que la llevó en su seno, y la de aquel que sostuvo sus primeros pasos en la tierra.

¡Qué espíritus tan pobres! Causa pena relacionarse con la humanidad! Apartemos de nuestros lábios la amarga copa de las decepciones sociales, y pidámos á nuestros recuerdos algo más dulce, más puro y más consolador; y como una bellísima vision vemos una figura adorable, un jóven, casi un niño que conocimos en nuestra infancia. Se llamaba Amaro y vivia con su madre que era viuda de un teniente de infanteria, que murió antes de nacer aquel hermoso niño que recibió como primer bautismo el copioso llanto de su pobre madre, la cual quedó imposibilitada para el resto de su vida, porque sus piernas paralizadas se resistian á sostener el peso de su cuerpo, por lo que permaneció en un sillón 27 años.

Mientras vivieron los padres de esa desgraciada tuvo quien la cuidara, pero estos murieron cuando Amaro solo contaba ocho años, y entonces comenzó aquel pequeño héroe su vida de abnegacion.

Contaban con escasísimos recursos. Ana, la pobre baldada hacia medias y bonitos encajes cuyo producto era para vestir á su hijo, y el niño repartia entregas y vendia pe-

riódicos, sin que por ello descuidara á la madre en lo más mínimo. El hacia la compra, preparaba la comida, hacia mandados á los vecinos, para que estos tuvieran cuidado con su madre las horas que él pasaba en su obligacion, y Amaro era citado como modelo en el barrio que le vió nacer.

Nada más simpático que su figura; su blanca frente estaba coronada por hermosos cabellos rubios que eran el encanto de la madre; sus ojos azules tenian una mirada tan dulce que era necesario querer á aquella criatura que nunca se reia; su pequeña boca no sabia mas que sonreir con tristeza, parecia el ángel del consuelo en este valle de dolor.

Entre los señores á quienes repartia entregas, se disputaban al pequeño repartidor que siempre iba muy elegantito, especialmente admirablemente peinado, porque su pobre madre tenia delirio por darle la dorada cabellera.

Entre sus admiradores habia una señora muy rica que se interesó vivamente por Amaro cuando el niño le contó su historia, y desde entonces Amaro dejó su vida aventurera, para dedicarse al estudio.

Su protectora, á quien llamaremos Celia, hizo que se trasladaran á su casa Ana y su hijo, el cual al ser interrogado sobre la carrera que deseaba seguir, contestó que su mayor deseo era ser ministro del Señor, y pocos sacerdotes habrá habido en la tierra como Amaro.

¡Qué alma tan buena! Su madre y Celia se disputaban su cariño, y nada más agradable que aquel cuadro de familia.

na había perdido á su marido  
 es hijos, y su corazón ávido de  
 ra encontró en Ana y en Ama-  
 es almas agradecidas que la  
 cecian sin cesar. Para el jóven  
 idote no había más mundo que  
 asa y sus libros, y los pobres;  
 nacida para amar, amó, á su  
 ce y á su protectora con verda-  
 adoracion, á la ciencia con ido-  
 , y á los desgraciados como el  
 entor Jesus amaba á los peca-  
 es.  
 ma mañana resonó un grito ter-  
 mil y mil voces refundidas en  
 sola gritaron: ¡El Cólera! y la  
 arte diezmó las familias.  
 nario cumpliendo con su sagra-  
 ministerio acudió á los hospita-  
 á los pobres y á los palacios  
 difundir la salud del alma, y  
 ra del cuerpo; pues sus grandes  
 cimientos en medicina le sirvie-  
 para salvar á muchos enfermos  
 fueron inútiles para su madre  
 ra Celia; las dos murieron en  
 brazos bendiciendo su nombre,  
 nario aunque era un alma emi-  
 nentemente cristiana creyó volverse  
 de dolor.  
 heredero de una gran fortuna,  
 s Celia le dejó todos sus bienes,  
 noble y generoso, cedió la mitad  
 u inmenso caudal á varias fami-  
 pobres, y la otra mitad á los pa-  
 tes de su protectora, y cuando  
 quedó solo y pobre se marchó á  
 misiones de América á difundir  
 voz del Evangelio.  
 ignoramos si aún permanece en  
 terra; pero estamos seguros que  
 el elevado espíritu, ora con nues-  
 pesada envoltura, ora con un  
 to luminoso formado de sus-

tancias más etéreas, siempre será  
 el consuelo y el amor de cuantos le  
 rodean, porque el que sabe amar á  
 sus padres, es apto para toda las  
 virtudes.

El amor filial es el primero que  
 germina en el corazón del hombre  
 y todo aquel que es refractario á sus  
 padres está en camino de ser un mi-  
 serable criminal. Los pocos seres  
 buenos que hemos conocido en este  
 mundo han tenido adoracion por  
 sus padres, y aún cuando estos nos  
 parezcan, por sus debilidades, por  
 su ignorancia y hasta por sus vicios  
 inferiores á nosotros, no olvidemos  
 nunca que ellos fueron nuestros aso-  
 ciados para cumplir nuestra mision  
 ó espiacion en este mundo; que nos  
 dieron el primer alimento, que guia-  
 ron nuestros pasos, y que gracias á  
 ellos nos fué dado subir una grada  
 mas en la escala del progreso.

Amemos á nuestros padres, si  
 queremos que nos amen nuestros  
 hijos; y los espiritas, los que cono-  
 cemos todo el valor que tiene la vida  
 y la gran importancia que se debe  
 dar á las existencias, puesto que son  
 los peldaños de la escala del infini-  
 to; nosotros debemos dar el ejem-  
 plo en todas las situaciones de la  
 vida siendo buenos hijos, fieles ami-  
 gos, y padres exelentes.

Sin las primeras virtudes no que-  
 ramos engalanarnos con vestiduras  
 que no nos pertencen.

Sin la base de los primeros afectos,  
 no nos llamemos nunca parti-  
 darios de la fraternidad universal.

*Amalia Domingo y Soler.*

### La Internacional Cristiana

La renovacion es ley de la naturaleza, y las leyes de la naturaleza infaliblemente se cumplen. Renuévanse los mundos que bogan en la inconmensurable region del éter; renuévanse las humanidades, los seres todos que viven en la superficie de los mundos; renuévanse los elementos de vida, los modos de ser de las sustancias, las formas de los cuerpos, las condiciones de los espíritus. Y en esta perenne renovacion, en esta eterna palingenesia de los seres, el *substratum*, digámoslo así, de los que preceden, sirve como de levadura de los que siguen, determinando en ellos cada evolucion un movimiento ascensional hácia el progreso. Los mundos nuevos se forman con los residuos nuevamente elaborados de los viejos; la humanidad actual es el renacimiento de las generaciones humanas primitivas.

A esta continua metamórfosis, á esta ley, que lo es de la creacion, no podian sustraerse las instituciones humanas, mas mudables, como hijas de la tornadiza voluntad del hombre, que las portentosas obras de la sábia naturaleza. Pero así como en éstas las transiciones se verifican sin saltos bruscos, sin violentas sacudidas, dentro del cumplimiento armónico de las leyes, toda renovacion en las instituciones humanas determina solemnes y pavorosas crisis, terribles convulsiones, sangrientas luchas entre los intereses creados á la sombra del pasado y los nuevos derechos que se pretenden introducir. En las obras de los hombres siempre se descubren sinies-

tras huellas, las huellas del orgullo y del sórdido egoísmo. ¿Sobreviene una idea fecunda, salvadora, con toda la virtualidad necesaria para enderezar los caminos de la familia humana y regenerar el mundo? Ahí del génio! ¡ay de la gigante inteligencia que se ha atrevido á concebirlo!

Una falange de sábios le abrumarán con su autorizada palabra, con sus orgullosas pretensiones científicas, tal vez con su insultante desprecio, máscara acaso de un sentimiento ruin que ni á sí mismos se confesarían sin vergüenza; y haciendo coro con los sábios vendrán los negociantes y los fanáticos, prontos á calumniar y perseguir al génio que amaga destruir inveterados fraudes y promulgar un decálogo mas puro. ¿Urge renovar una institucion decrepita, viciada, perturbadora, anacronica, rémora del progreso, baluarte de un órden de cosas que pugna con las mas nobles aspiraciones de la conciencia humana?

¡Ay de los primeros apóstoles! Sobre ellos caerán con rabia los que viven dentro y alrededor de aquella institucion, confiados en la indiferencia con que los pueblos suelen presenciarse los primeros combates que se libran por su causa: y si la institucion amenazada es de índole religiosa ó participa en algo de ese carácter, la crisis es incomparablemente más laboriosa y difícil, en razon á que los traficantes tienen a su parte al fariseísmo, que es la mentira de la virtud, tan generalizada entre los hombres, y el fanatismo religioso, que es el más terrible de todos los fanatismos.

En nuestros días asistimos á la gran revolución trascendental de las renovaciones que registrará la historia, renovación ó transformación filosófica, religiosa y moral, preparada por la filosofía del último siglo y fecundada por el espíritu de la Revolución francesa en lo que tuvo de grande, de civilizadora, de benéfica. La filosófica risa de Voltaire, reasumiendo afirmando la herética incredulidad de los hombres pensadores de todos los siglos, destruyó el dogma y dió á la razón el cetro de las conciencias; la proclamación de los derechos del hombre en la Asamblea francesa, borró las diferencias sociales establecidas en la arbitrariedad y la injusticia, y derramando sobre el mundo la luz de la dignidad humana, mostró el verdadero ideal del progreso basado en la correlación del derecho y el deber. Entre las efusiones de sangre se labraron los cimientos de la nueva fé. No parece sino que las grandes transformaciones humanas han de venir acompañadas, como los grandes movimientos geológicos de terribles convulsiones.

La ironía aparentemente escéptica de Voltaire era necesaria como la única arma capaz de abrir en el muro del fanatismo el boquete por donde penetrase la razón humana en el recinto de los antiguos misterios para escudriñarlos y juzgarlos. Sus certeros disparos iban aseptados al sobrenaturalismo, que habia hecho de la filosofía cristiana una teología fantástica y absurda, y á las formas, que habian desnaturalizado el purísimo concepto religioso acariciado en la mente del divino Apóstol

de la libertad y del amor; pero en el fondo del escepticismo volteriano palpitaba el espíritu del creyente y germinaba la semilla de la religión del porvenir, exenta de insustanciales ceremonias, hija legítima de la moral del Evangelio. Que Voltaire y la Revolución dieron al sobrenaturalismo el golpe de gracia, emancipando la razón, ¿cabe dudarlo? Que el racionalismo toma de la moral Evangélica las máximas con que elabora su código de moral social ¿es menos cierto? Harto lo ha comprendido la secta ultramontana, encarnación de todos los errores, de todas las veleidades y abusos religiosos cometidos en nombre del cristianismo; gran mistificadora de la moral universal, que promulgó Jesús con aquellas palabras: «*Amaos los unos á los otros.*» Y por lo mismo que lo ha comprendido, y por lo mismo que siente como el mundo sacude su oprobioso yugo; hê aquí porque ha dado la voz de alarma en toda la línea y se prepara á reñir la batalla decisiva, á fin de recobrar aquel omnipotente dominio que la hizo señora de los pueblos. Sus propósitos y planes los hemos definido en nuestro artículo: «*La Internacional Negra*», publicado en el número de Octubre: destruir el derecho moderno en nombre de la tradición, la ciencia en nombre de la fé, la civilización en nombre del cristianismo la libertad en nombre del Evangelio.

Precisamente lo que al ultramontano le interesa destruir, es lo que á las sociedades les conviene edificar y asegurar. No puede haber comunidad de intereses entre el esclavo y el amo, entre la víctima y el

verdugo: esto es necesario que se comprenda bien. Y de la misma suerte que el apetito de dominacion ha agrupado en derredor de una bandera odiosa, hipócrita, envilecida, á los que buscan en la ignorancia y el oprobio de los demás su utilidad y encumbramiento, el amor á la libertad ha de agrupar debajo de otra bandera, franca, generosa, noble, á cuantos suspiramos porque la justicia se entronice en la tierra por medio de la elevacion del sentimiento y la difusion de la luz. La humanidad está enferma, y la devora lentamente la corrosiva lepra de la supersticiosa ignorancia; más por fortuna, ha conocido su estado, y para hallar la salud solo falta que se le muestre el remedio. Es indispensable restaurar sus fuerzas morales, que han procurado aniquilar los tiranos del pensamiento.

Hombres de buena voluntad, de conciencia honrada, de corazon recto y ánimo varonil; los que deploraís la iniquidad de los unos y la ceguera de los otros; los que conoceís á los fariseos, á los comerciantes del templo, y cómo han negociado á expensas de los humildes y sencillos; los que condenais esa abominable intolerancia anticristiana que se pretende restablecer para hundirnos otra vez en la siniestra esclavitud de la Edad Media; los que habeís estudiado el movimiento religioso de los siglos, y visto hasta qué punto ha llegado á falsearse aquella doctrina de caridad y sacrificio sellada con la sangre del civilizador del mundo, oid, oid nuestra voz, que, en su humildad, es, sin embargo, la espresion de una necesidad univer-

salmente sentida, el éco de una aspiracion que hierve en la conciencia de los pueblos. Hay que arrancar la hipocresia la careta; hay que denunciar los ruines manejos de los que prometiendo la felicidad celeste se granjean las comodidades y bienes terrenales; hay que derribar los altares de tanto ídolo como ha erigido la supersticion; hay que llamar las cosas por su nombre, sin contemplaciones egoístas; hay que llevar la instruccion á todas partes para que en todas partes se aprenda á discernir lo real y lo aparente, la virtud y el fingimiento, la religion y el fraude religioso, el sacerdote y el mercenario, los bienhechores de la humanidad y los que no son ni aspiran á ser sino sus opresores y exactores. A la Internacional Negra organizada por el ultramontanismo para recobrar el monopolio de las conciencias, hay que oponer la fuerza colectiva de todos los hombres de bien, amantes de la justicia y el progreso, la INTERNACIONAL CRISTIANA, que ha de tener por objeto precipitar la solucion de la crisis social y religiosa que atraviesa el mundo y cooperar á la necesaria é inevitable transformacion de esas instituciones dejeneradas que, habiendo agotado su fecundidad á causa de haber inoculado en ellas su corrompida sávia el utilitarismo y el orgullo, ya no pueden servir sino de tropiezos y resistencias en la marcha desembarazada de los humanos destinos.

(Concluirá.)